

MEDINA volvió en sí á pocos momentos; Luz, con esa elocuencia que solo inspira la verdad, y esas lagrimas aun mas elocuentes del amor ultrajado, refirió su entrevista con Tapia; la sorpresa que ambos recibieron al oír los pasos que ella creía fuesen de Medina, y Tapia los de Estrada: refirió de igual modo las respuestas engañosas que la dió Zapata; y hasta las palabras con que Tapia, ya desesperado con las repulsas, expresaba su amor y la triste resolución de acabar con sus dias. Por otra parte, la conocida sencillez de Doña Luz, su virtud, esa virtud á que Medina, con toda la fuerza de la audacia, del tiempo, de la seducción, y hasta de la amenaza, no habia podido vencer nunca, sino en el terreno puro del alma, concluyeron por desvanecer hasta la mas leve sospecha de culpabilidad, y arrastraron á sus piés á ese hombre salvaje, que postrado de hinojos y fija en el suelo la mirada soberbia, pidió perdon por su extravío y prometió borrar,

á costa de un grande sacrificio, el recuerdo de los ultrajes, y pagar, aunque fuera con sangre de su corazón, cada gota de llanto vertida por su causa.

Los términos que habia usado Medina pedian una reparación. La vergüenza de hallar inocente á Doña Luz despues de haberla desgarrado con los insultos mas violentos, no podia borrarse con el perdon. El arrepentimiento, que hace vagar por la faz de Dios una sonrisa de misericordia, no pone sino un gesto de desprecio en los labios del que ha sido calumniado sin justicia. El corazón humano arroja entonces el perdon; pero se reviste de altivez y pone una mirada de lástima en el miserable que, sin mas prueba que vanas apariencias, juzga y condena á su víctima al tormento de la calumnia.

Medina fué acometido por el orgullo, y quiso aparecer mas noble, mas generoso que Doña Luz, y le mostró los secretos de Zárate; sintióse embargado por una compasión sin límites, y quiso presentar á Luz, como una ofrenda de cariño, la cabeza de los enemigos de Estrada.

El plan de estos vino por tierra. Medina desde aquel instante juró perderlos, no solo por Luz; tambien porque consideraba mas segura su fortuna con hombres menos hipócritas que los partidarios de Salazar y de Chirinos, de quienes esperaba toda especie de traiciones. Debemos señalar tambien otra causa que obró para este cambio de partido, porque ella es poderosa, aunque no sea sino por un momento.—Medina tenia cerca de veintiocho años, es decir, la edad en que el amor impera con dulce pero irresistible tiranía sobre todas nuestras potencias. Él, en esa edad es la esperanza, es el sueño, es el recuerdo, es la alegría, es el aire, es el horizonte, es el deseo, es la vida: en esa

edad, las cadenas que nos sujetan á los compromisos de un necio orgullo, se pulverizan con el estampido de un beso; el vacío que no llenan mil ensueños de gloria, rebosa con una lágrima; el carácter inflexible de hierro, se doblega al peso de una blanca mano de niña; y los castillos colosales que la ambicion construye, oscilan y caen al leve soplo de un suspiro de amor.

De qué otro modo pudieran explicarse aquellas variaciones inesperadas, que los historiadores atribuyen al carácter simplemente *caprichoso* de Medina? Lo que se llama capricho no existe, ni esa palabra vaga sirvió nunca para explicar las determinaciones de los hombres. El capricho es la simple apariencia; bajo las acciones sin objeto, hay siempre un móvil que estamos acostumbrados á descuidar en la historia; y ese móvil, cuando no se han cumplido treinta años, no es otro que el amor, alma, como dicen, del universo; y mas bien, universo del alma; el amor, grata y á veces amarga delicia de la existencia.....

Pero sea cual fuere la causa de la defeccion de Medina, procuraremos fijarnos en sus resultados.

Estos eran fatales para Salazar y Chirinos. Fuera de Medina, que tenia gran influencia entre las tropas, no contaban sino con Gonzalo de Ocampo y algunos aventureros que valian solo por sus servicios puramente personales. Zárate habia desaparecido, sin que las crónicas refieran pormenores del caso. Andrés Tapia, discípulo y protegido de Cortés, partidario de Estrada y enemigo á muerte del factor, comandaba cien lanzas; Jorge Mendieta se paseaba con cuarenta caballos por las inmediaciones de Texcoco, pronto á dar una carga á la primera indicacion de los gobernadores Estrada y Albornoz, los únicos que él consideraba

como legítimos. Y allá de cuando en cuando llegaban á los oídos de Salazar y de Chirinos rumores siniestros que les hablaban de destitucion, de calabozos, de destierro, y hasta de muerte.

Una noche los dos hallábanse reunidos en una gran casa que Cortés habia confiscado, con otros bienes, á Quauhquemoc, y que un regidor dueño de ella vendió por unos cuantos marcos de oro á Pero Almindes. Aquel caseron vacío, aislado, medio ruinoso, parecia llorar la ausencia del señor, y se cubria de ásperas malezas, como la viuda con su ropaje de duelo. Allí se veian anchos patios, galerías inmensas, jardines incultos, mostrando aquí y allá fragmentos de columnas y cabezas de ídolos despostilladas, búcaros de flores marchitas, y pedestales abandonados, pórticos derruidos, escalinatas perdidas entre la yerba, arroyos desviados corriendo entre escombros, cauces y fuentes de alabastro, secas y manchadas con inmundicias. Cerca de la entrada estaba una estatua con la cara vuelta contra el suelo, y debajo de aquella cara hundida en el fango, se movia un hervidero de gusanos. En el fondo de uno de los patios, el mas estrecho, habia otra estatua colosal de *Tlaloc*, el dios de la agua, sentado sobre una piedra cúbica, y puestas las manos sobre las rodillas. El aire de la noche apartaba el ramaje, y á la luz del relámpago, la hórrida faz de aquel dios olvidado se animaba, lanzando entre las ruinas miradas siniestras.

Las piezas interiores eran bastísimas y tambien estaban desiertas. Allí se respiraba una penosa melancolía.—Algo como lágrimas trasporaba por aquellos muros en otro tiempo tan alegres y resplandecientes: un olor de humedad casi sepulcral habia sustituido al aura de la mirra y de las

yerbas aromáticas; el canto de las aves nocturnas se escuchaba en vez de la alegre sinfonía de los pífanos; y en vez del eco del festín y de los suspiros de amor, se oía tan solo el fatídico silbido del aire que, lloroso como los manes de Quauhtemoc, vagaba sin consuelo por las tristes soledades de aquel recinto.

En una de las piezas que daban sobre el primer patio, á la luz de un velon de cebo colocado sobre la repisa, y sentados sobre una especie de chapiteles de pórfido, se hallaban Salazar y Chirinos conversando acerca de su precaria situación.

—Es preciso,—decía Chirinos,—que tomemos con tiempo el camino de España, porque aquí nos esperan grandes desastres. ¿Con qué contamos, quereis decirme, para permanecer impávidos entre tantos enemigos como han hecho surgir bajo nuestro paso las maquinaciones de Albornoz y de Estrada? Las fuerzas son suyas; el ayuntamiento los acata como señores; los frailes son sus defensores, aunque no sea sino por oponerse á nuestra elevacion; tienen casi el voto de la ciudad entera; tienen agentes en la corte, mas poderosos que los nuestros; se han ganado, como por encanto, al capitán Medina, que debe haberles revelado todo lo que á Zárate se le puso en las mientes confiarle..... qué nos queda?..... qué esperamos?..... que un día vos y yo, y los pocos amigos que nos restan, seamos sorprendidos en nuestro lecho, y arrojados donde ese malaventurado Zárate debe estar á estas horas siendo pasto de los gusanos.

—No es eso todo,—replicó Salazar, en cuyo semblante se veían marcadas las huellas del insomnio y del miedo;—vuesa merced, señor Chirinos, ha omitido la parte que mas me desazona.....

—Aun hay mas?.....

—Sí tal..... ¿por dó queda el camino de la salvacion? por dó nos marchamos á Europa?

—Ah! quereis hablar de los apostaderos.....

—Quiero hablar de que ya no es tiempo para nada..... vos teneis, no lo niego, el valor y la habilidad de un regular soldado, para abriarnos paso entre las lanzas de Mendoza; pero ¿adónde están las vuestras? Y ante todo, ¿cómo partir sin un escudo! cómo salir del rico suelo de la América sin un maravedí, mientras esos villanos se volverán repletos de tesoros!..... esto me mata!..... ah!..... y si recuerdo que vos, vos os empeñásteis en abogar por Albornoz cuando yo le tenia entre mis manos!.....

—Oh! vuesa merced padece una equivocacion.

—Cómo! cuando llegamos aquí con el prestigio de la novedad; cuando Estrada y Albornoz habian perdido la reputacion por sus rivalidades; cuando infames traidores aun no habian calumniado la nuestra, os dije: caigamos sobre estos miserables, démos con ellos en un calabozo de la fortaleza, y sin fórmulas de juicio ni ninguna especie de miramientos, démosles garrote..... Y ¿quién me dijo entonces..... Ah! vos, que contábais entonces con la adhesion de Jorge de Alvarado, es decir, con la fuerza de Tapia, me negásteis que teniamos ese apoyo, y me vi forzado á con-temporizar con Albornoz! ¿Quién os infundió, quereis decirme, aquella locura que tan caro nos cuesta?

—Ah! yo fuí engañado,—replicó Chirinos suspirando.

Aquello hasta cierto punto era verdad. Chirinos creyó, como hemos visto, que hablaba con Isabel aquella noche que juró abogar por Albornoz; pero mentia, si acaso trataba de hacer entender á Salazar, que se engañó en los

medios y no en las intenciones. La pureza de las intenciones de Chirinos puede juzgarse por aquella conversacion que tuvo al pié de una ventana con Sara, la hija de Farfan. Se engañó y le engañaron, nada mas cierto; y si ahora suspiraba, era sin duda porque veía en los riesgos presentes el justo castigo de su perfidia.

—Y luego,—repitió Salazar dándose una palmada en la frente,—partir cuando era nuestra la esperanza! partir con las manos vacías, cuando el triunfo nos mostraba, sonriendo, los fabulosos tesoros de Guatimotzin! partir á hundirnos en España bajo el vulgo de los vasallos, sin nombre, cuando aquí ricos y extensos señoríos, y acaso todo el reino, se presentaban, como las flores de los setos, al alcance de nuestra mano!.....

—Ay!—dijo Chirinos;—vos, señor, podeis dar al olvido vuestras doradas esperanzas..... pero yo..... yo estoy maldito!

—Pero las vuestras pueden realizarse; y sobre todo, señor, son el efecto de una demencia pasajera; el amor se puede hallar en todas partes y con poco trabajo; no así lo que yo busco.....

—Ah!..... sí..... se halla el amor, pero el amor de quien no quiero. ¿Y qué se me da á mí el amor de todas las mujeres, mientras la imagen de esa Isabel á quien aborrezco está grabada en mi corazon como un sello de martirio?..... Oh! he dicho que estoy maldito. El diablo, porque no puede ser otro el que ha vertido lumbre en mis venas, ha puesto en Isabel, no solo desprecio y frialdad, sino aversion, horror, odio irreconciliable, odio denegrado para henchir el colmo de mis tormentos.—Y yo la amo..... por vida mia! y yo he tenido el horrible antojo de

quererla! ¿Conoceis por ventura un hombre mas imbécil, que aqueste que teneis enfrente?..... Ah! y tener que marcharme!..... y tener que marchar sin ella!

—Ay! y tener que marchar sin ella!—repetía Salazar, que en aquel momento no pensaba sino en la fortuna.

Chirinos se paseaba entretanto á lo largo de la habitacion, seguido por su sombra, que se dibujaba sobre el muro.

—No!—decía completamente abstraído,—no partiré sin tomar el desquite. Hace tres dias que guardo entre cadenas la prenda mas segura de mi venganza; Tetzahuitl..... Ya veremos si esa que hoy se desdeña de mirarme, no se arrastra como un reptil á mis plantas.....

—Creo,—dijo Salazar hablando consigo mismo,—debemos triunfar ó perecer en la demanda. Nos quedan aún algunos elementos que, manejados con habilidad, pueden hacernos dueños exclusivos del mando. Sí, añadió dirigiéndose á Chirinos; Tapia será nuestro, con tal que sepamos ganarle.

—Y de qué modo?..... preguntó el otro.

—De qué modo? Sacrifiquemos el corto caudal de nuestros ahorros; démosle oro hasta que pierda la cabeza; pues al fin.....

—Cuánto teneis?

—Treinta mil ducados. Y vos?

—Yo, nada.

—Temeis exponeros?..... Vos teníais.....

—Tenia.

—Cómo! Quereis decirme, si lo teneis á bien, ¿en qué habeis invertido un capital de 80,000 ducados?

—En nada; pero un error, una fatalidad, un no sé qué feroz y hostil que me persigue, me llevó á depositarle en

manos de un hombre que hoy, prevalido de la situación, se niega á restituirmele.

—¿Y no le habeis estrangulado?

—Seria inútil.

—¿Y quién es ese hombre?

—El regidor Alvaro Manrique.

—Qué!..... qué decis! exclamó Salazar incorporándose maquinalmente y clavando en Chirinos una mirada indescriptible de terror.—¡Alvaro Manrique!..... Alvaro!..... es decir, Alvaro Manrique! No!..... estais equivocado..... pretendéis acaso..... pero á ver, á ver..... contadme..... necesito saber lo que ha respondido ese villano..... vamos.....

—¿Y qué quereis que os cuente? Viendo ese infame que Medina nos abandonaba, y que á pesar de nuestros nombramientos, quedábamos á la merced del que quisiera destituirnos, me puso esta respuesta, ayer que le pedia mis ducados para embarcarme:—«Oh! no me hableis mas de ese dinero; por vuestro honor y propia conservacion debéis callar, pues una palabra bastará para perderos.»—Bien, le dije; pero á ver mis ducados.—«Vuestros ducados, replicó lleno de hipocresía, no los tengo.»—¿Y qué habeis hecho de ellos?—«Oh! no me culpeis; pero el Sr. Mendoza supo que eran vuestros..... están en sus manos, y os ruego que huyais, porque se trata de averiguar el origen de esa fortuna; se trata de instruir un proceso, de buscar un pretexto cualquiera para dar principio á las hostilidades, etc., etc.»

—Miserable!—gritó Salazar;—á mí tambien me ha asesinado!..... yo tambien le fié mi caudal..... yo he sido tambien un imbécil!..... y luego, en manos de Mendoza, en manos del mas terrible de nuestros enemigos! Y ¡cómo

no bebísteis la sangre á ese traidor de Alvaro Manrique!... Ah! diera yo el alma á Satanás, si Satanás quisiera vengarme!.....

Tres golpes dados en la puerta, hicieron que Salazar y Chirinos se miraran con un terror supersticioso. La luz era triste, el silencio solemne, y las altas horas de la noche traian á la imaginacion los formidables seres de las leyendas, cubiertos con el horror de los infiernos ó empapados en el negro velo de la tumba.

—¿Lo veis?.....—dijo Chirinos palideciendo;—habeis blasfemado.....

Salazar se santiguó por tres veces, y volvió á fijar en el veedor sus ojos inmobilizados por el espanto. Volvieron á llamar.

Despues de un intervalo de vacilacion se dirigió Chirinos á la puerta, casi avergonzado de haberse dejado sorprender por sus preocupaciones.

—¿Qué vais á hacer?—dijo Salazar.

—Ea!—replicó Chirinos;—el diablo no llama nunca. Seria el exceso de la cortesía, que Pingo esperara á que le abriésemos, cuando puede colarse por las paredes.

Entonces descorrió el cerrojo.